

ANTONIO GRAMSCI Y LA LUCHA CONTRA LA DOMINACIÓN EN EL PLANO DE LA CULTURA

JOSÉ WILSON
MÁRQUEZ ESTRADA²⁹

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA

²⁹ Historiador y Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Abogado de la Corporación Universitaria de la Costa. Profesor Asociado del Programa de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Cartagena (Colombia). Miembro del grupo de investigación *Frontera, Sociedad y Cultura del Caribe y Latinoamérica* (Categoría B clasificación de Colciencias). Este artículo hace parte de un proyecto de investigación titulado: *Antonio Gramsci: Discurso y contradiscurso en la concepción de lo cultural en el siglo XX*. jmarqueze@unicartagena.edu.co

Resumen: En este artículo se analiza cómo Antonio Gramsci, en la construcción del concepto hegemonía, realiza una profunda ampliación del mismo que permite consolidarlo como una de las nociones centrales de su obra y eje articulador de su teoría de la cultura. Dicho concepto transformado en “hegemonía cultural”, permite pensar en la manera en que la lucha política se traslada a un escenario complejo con formas variadas de confrontación y lucha: el plano cultural. En el texto se analiza la manera en que Gramsci nos posibilita, con este concepto, interpretar la hegemonía como una expresión de la dominación en un complejo entrecruzamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales. Simultáneamente observaremos cómo gracias al concepto de *hegemonía cultural* podemos interpretar el fenómeno de la contracultura y ver cómo permite revolucionar la manera de entender las formas de sometimiento espiritual de aquellos que detentan la dominación material, con relación a

las clases y grupos que están bajo su control. Dominación en el plano de la cultura, que se expresa como un sistema consciente de creencias, significados y valores impuestos, que permite darle forma a la vida social.

Palabras Clave: Hegemonía, Cultura, Contracultura, Intelectual, Bloque Histórico, Dominación, Poder.

Antonio Gramsci and the struggle against domination in the field of culture

Abstract: This paper analyzes how Antonio Gramsci, on the construction of the concept of hegemony, makes a deep widening thereof which allows to consolidate it as one of the central notions of his work and the linchpin of his theory of culture. Such concept, transformed into “cultural hegemony”, suggests a political struggle moved to a complex scenario with various forms of confrontation and dialogue: the field of culture. The text explores how Gramsci enables us to interpret hegemony by this concept, as an expression of domination in a complex intertwining of political, social and cultural forces. Simultaneously, we’ll observe how it’s possible to interpret the phenomenon of counterculture under the concept of cultural hegemony and we’ll see how this notion revolutionizes the way of understanding the forms of spiritual subjugation of those who hold the physical domination, relative to classes and groups under their control. Domination in terms of culture, expressed as a conscious system of beliefs, meanings and imposed values, which allows to shape the social life.

Keywords: Hegemony, Culture, Counterculture, Intellectual, Historical Bloc, Domination, Power.

1. Introducción

Antonio Gramsci nació el 22 de enero de 1891 en un poblado llamado Ales, cerca de Cagliari, en la isla de Cerdeña, en el seno de una familia de clase media baja. En 1911 consigue una beca para estudiar filosofía y lingüística en Turín, estudios que abandona por falta de recursos. Turín en ese momento era una pujante ciudad industrial con una gran actividad obrera y sindical. En 1914 Gramsci se adhiere al movimiento revolucionario de izquierda, convirtiéndose en una de las máximas figuras del partido comunista italiano (Hall, 2005). El 8 de noviembre de

1926 Gramsci es arrestado por el gobierno fascista y condenado a veinte años de cárcel. En enero de 1929 se le autoriza escribir en su celda, produciendo numerosos artículos y reflexiones sueltas sobre diversos temas, que luego fueron publicados y conocidos como *Cuadernos de la Cárcel*. Su correspondencia fue publicada igualmente bajo el título de *Cartas de la Cárcel*. Gramsci muere en una clínica en Roma el 27 de abril de 1937 a los 46 años de edad (Oliva, 2010).

Gramsci ha sido catalogado como uno de los más importantes renovadores del pensamiento marxista del siglo XX. Su interpretación de la cultura popular superó la escasa elaboración marxista sobre la ideología, restringida a la visión de ideología dominante y que, con los conceptos gramscianos de hegemonía y de Estado, quedó totalmente revaluada. Indudablemente, uno de los aportes más importantes de Gramsci fue su reflexión sobre la sociedad occidental y su complejidad cultural (Portantiero, 1981). Su innovada forma de interpretar la cultura popular, el papel de los intelectuales en la sociedad y las relaciones entre el Estado y los grupos subalternos, llamaron vigorosamente la atención de académicos y científicos sociales, posibilitando la instalación de un debate en torno a su obra a finales de los sesenta. El nombre de Gramsci empezó a sonar con mayor insistencia, sobre todo en los círculos intelectuales de la nueva izquierda europea en los años setenta y su obra fue publicada y difundida en varios idiomas por todo el mundo. La influencia de Gramsci se incrementaría en los ochenta con la expansión de los estudios culturales, y su interés por los conceptos del pensador italiano, como el de hegemonía, que permitía entender de una manera muy singular las relaciones entre la cultura, la sociedad y la política (Crehan, 2004:11).

La obra de Gramsci, escrita en condiciones difíciles, es muy fragmentaria y dispersa; pero esto no ha sido un óbice para haberse convertido en el subsuelo común de diversas disciplinas de las ciencias sociales en las últimas décadas, desde historiografía hasta antropología, pasando por filosofía, educación, ciencias de la comunicación, crítica literaria y sociología, entre muchas otras. Las categorías gramscianas atraviesan hoy numerosos debates relacionados sobre todo con lo cultural y lo popular (Rodríguez y Seco, 2014).

Es necesario enmarcar el pensamiento de Gramsci en el contexto de la producción conceptual de un intelectual político, comprometido con la causa socialista en el mundo de la vida política italiana. Su producción intelectual se deriva de este compromiso político y su intención no es servir a ninguna causa académica ni intelectual, sino a una práctica política concreta; es decir, sus conceptos buscan una exclusiva aplicación en este sentido (Hall, 2005: 220). En esta perspectiva, su pensamiento está enmarcado dentro del espectro teórico del materialismo histórico, enriquecido por las diferentes tendencias teóricas del marxismo.

Gramsci no fue un marxista doctrinario u ortodoxo. Por el contrario, fue un pensador que problematizó y enriqueció el pensamiento marxista en todo sentido, construyendo conceptos que dinamizaron y modernizaron el edificio teórico de Marx, permitiendo interpretar la sociedad capitalista moderna en el contexto de esta corriente, en una manera muy diferente e innovadora. Su pensamiento marxista es original y abierto a las preguntas más complejas de esta forma de entender la sociedad y la cultura capitalistas. Gramsci construyó un complejo sistema conceptual que le imprimió una dinámica diferente al marxismo para entender las variadas manifestaciones y expresiones culturales de la sociedad capitalista de la primera mitad del siglo XX (*Ibíd.*: 221). En síntesis, Gramsci es uno de los renovadores del marxismo clásico, que propone un escenario conceptual nuevo para interpretar la complejidad cultural y política de la sociedad capitalista contemporánea y los nuevos desafíos de la dominación burguesa, superando las formas esquemáticas del determinismo económico y del marxismo vulgar (Nasif, 2013).

Con relación a las condiciones de su producción intelectual, Stuart Hall plantea lo siguiente:

El cuerpo principal de sus ideas teóricas está disperso entre sus ensayos ocasionales y escritos polémicos –fue un periodista político activo y prolífico– y, claro, en la gran colección de *Cuadernos* escrita por él sin la posibilidad de acceso a bibliotecas u otros libros de referencia, bien sea durante sus vacaciones forzadas en la prisión en Turín durante la época de Mussolini, después de su arresto (1928-1933), o luego de su liberación, pero cuando ya era

un enfermo terminal en la clínica Formai (1934- 1935).(…) No solo es que sus escritos están dispersos: con frecuencia son fragmentarios en su forma, les falta continuidad y no han sido “acabados”. Gramsci escribió con frecuencia –como en los *Cuadernos de la cárcel*– en las circunstancias más desfavorables: por ejemplo, bajo la vigilancia del censor de prisión y sin libros que pudiesen refrescar su memoria. Dadas estas circunstancias, los *Cuadernos* representan un logro intelectual impresionante (Hall, 2005:221).

La obra de Gramsci ha sido fuente de intensos debates entre quienes lo han catalogado como un “teórico de las superestructuras” o un ideólogo del “compromiso histórico” de la burguesía y precursor del “socialismo democrático”, y quienes lo consideran un baluarte revolucionario del siglo XX. Sobre lo que no queda dudas, es que este pensador italiano es un convencido de la necesidad de la transformación socialista de la sociedad capitalista, y bajo este convencimiento produjo una de las más importantes reflexiones sobre la compleja sociedad capitalista moderna, en el contexto del pensamiento marxista (Thwaites, 2010:123).

Gramsci escribió en la cárcel un texto de 2.848 páginas de notas manuscritas que hoy conocemos como *Cuadernos de la cárcel*. Este documento solo fue publicado luego de la caída del régimen fascista entre 1947 y 1951 cuando el editor turinés Einaudi lo sacó a la luz en seis volúmenes (Monasta, 1993). Este trabajo es el producto de una reflexión sobre el colapso de una revolución y las salidas posibles que permitan el triunfo revolucionario. Reflexiones sobre el Estado, la cultura, la sociedad civil, los grupos subalternos y el papel de los intelectuales en la transformación política y cultural de la sociedad italiana de principios del siglo XX. Conceptos como “bloque histórico”, “hegemonía”, “sociedad civil”, “grupos subalternos”, transformarían y oxigenarían el pensamiento marxista del siglo XX. Gramsci es ante todo un revolucionario comprometido con una causa política concreta y su aporte a esta empresa, desde sus condiciones de reclusión, consistió fundamentalmente en construir un cuerpo teórico reflexivo sobre la crisis del movimiento comunista en la Italia sometida por el fascismo (Giacaglia,

2002). Su obra está construida de forma fragmentaria y provisional; son pensamientos sueltos sobre temas variados, relacionados con la historia italiana, la educación, la cultura, la filosofía, la teoría del Estado y el catolicismo, entre otros, que, según el mismo Gramsci, deben ser leídos con “discreción y cautela”, como algo incompleto, provisional y sugerente (García Canclini, 1984). Finalmente, Gramsci desarrolla una nueva teoría marxista aplicada a las condiciones sociales del capitalismo avanzado (Santofimio, 2011).

El propósito de este artículo es mostrar cómo en la construcción del concepto de hegemonía, referido originariamente a la dirección política o dominación, especialmente entre las relaciones entre los Estados, Gramsci realiza una profunda ampliación del mismo que permite consolidarlo como una de las nociones centrales de su obra y eje articulador de su teoría de la cultura. Dicho concepto transformado en “hegemonía cultural”, permite pensar en la manera en que la lucha política se traslada a un escenario complejo con formas variadas de confrontación y lucha: el plano cultural. En el texto se analiza la manera en que Gramsci nos posibilita entonces, con este concepto, interpretar la hegemonía como una expresión de la dominación en un complejo entrecruzamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales. Simultáneamente observaremos cómo gracias al concepto de *hegemonía cultural* podemos interpretar el fenómeno de la contracultura y ver cómo permite revolucionar la manera de entender las formas de sometimiento espiritual de aquellos que detentan la dominación material, con relación a las clases y grupos que están bajo su control. Dominación en el plano de la cultura, que se expresa como un sistema consciente de creencias, significados y valores impuestos, que permite darle forma a la vida social (Williams, 1977:32).

El texto presenta la siguiente estructura: en la primera parte se hace un análisis del concepto de hegemonía, haciendo énfasis en el origen y proceso de reconstrucción por parte del pensador italiano. En la segunda parte se hace un análisis de la importancia de los conceptos de *folklore* y *bloque histórico* dentro del contexto de la propuesta teórica sobre la cultura en Gramsci. En la tercera parte se analiza la visión de Gramsci sobre el papel de los intelectuales en el marco de la confrontación política

en el plano cultural. En la cuarta parte se hace un análisis de cómo es posible interpretar el fenómeno de la contracultura gracias al concepto gramsciano de hegemonía cultural. Para concluir, el texto se cierra con algunas consideraciones finales.

2. Metodología

Se plantea una metodología que soporta su investigación en el análisis de fuentes bibliográficas y documentales relacionadas con el pensamiento y la obra de Antonio Gramsci, haciendo énfasis en su visión de la lucha contra-hegemónica en el seno de la cultura. Se aborda la temática de manera analítica, cualitativa y descriptiva, centrada en esta información, analizando crítica y articuladamente el tema, los autores, la época y los mismos textos, mediante un proceso investigativo que se sustenta en la apropiación reflexiva de los aportes conceptuales de Antonio Gramsci con relación al tema.

3. Resultados y discusión

3.1 El concepto de Hegemonía en Gramsci

El término hegemonía deriva del griego *eghesthai*, que significa “conducir”, “guiar”, “comandar”. Antes de que fuera adoptado por Gramsci, el término hegemonía tenía una su propia historia; por ejemplo, estaba incluido en una de las grandes consignas del movimiento socialdemócrata ruso desde 1908 hasta 1917 –similarmente utilizado en los escritos de Plejanov en 1884–, que planteaba la necesidad de emprender una lucha política por parte de la clase obrera contra la “hegemonía zarista”. La hegemonía era entendida como dominación. Luego otro autor, llamado Axelrod, en este mismo escenario político, en una carta escrita en 1901, planteaba como consigna política central “en función de la posición histórica de nuestro proletariado, la socialdemocracia rusa puede conseguir la hegemonía en la lucha contra el absolutismo” (Anderson, 1981: 12). En consecuencia con este postulado, la joven generación de teóricos marxistas adoptó el concepto inmediatamente. Al respecto dice Perry Anderson que:

Lenin, entretanto, pudo, sin más, referirse en una carta escrita a Plejanov a la “conocida “hegemonía” de la socialdemocracia” y argumentar en favor de un periódico político como el único medio eficaz de preparar una “verdadera hegemonía” de la clase obrera en Rusia. En cualquier caso, el énfasis introducido por Plejanov y Axelrod en la vocación de la clase obrera a adoptar una orientación “totalmente nacional” hacia la política y a luchar por la liberación de todas las clases y grupos oprimidos de la sociedad, iba a ser desarrollado con una elocuencia y un punto de vista completamente nuevos por Lenin en el *¿Qué Hacer?* en 1902, texto previamente leído y aprobado por Plejanov, Axelrod y Potresov, que acababa precisamente con un alegato urgente por la creación del periódico revolucionario que iba a ser “Iskra”. La consigna de la hegemonía del proletariado en la revolución rusa fue pues un patrimonio político común a bolcheviques y mencheviques en el Segundo Congreso del POSDR en 1903 (*Ibid.*:13).

En síntesis, el concepto de hegemonía utilizado en el discurso político de los revolucionarios rusos y del movimiento comunista internacional desde finales del siglo XIX, estaba referido a la estrategia del movimiento obrero para consolidarse como una opción de poder dentro del contexto de la sociedad capitalista europea, y aparece ante todo como hegemonía política. Gramsci lo va a considerar luego como un concepto central en su formación filosófica y lo va a vincular a su propuesta de filosofía de la praxis; y llevado al plano ideológico va a formular una nueva hegemonía, la hegemonía ideológica. En este sentido, para Gramsci, la hegemonía ideológica está directamente relacionada con la supremacía de un grupo social, que se manifiesta de dos maneras: como “dominación” y como “dirección intelectual y moral” (Laso, 1979). Simultáneamente, el concepto de hegemonía permite articular el pensamiento marxista de Gramsci con una visión histórica de la sociedad alejada del determinismo económico; es decir, alejada del marxismo vulgar (Hall, 2005:231). El pensador italiano transforma la categoría de hegemonía en un concepto totalmente nuevo dentro del discurso marxista, noción que permite entender la complejidad de las diferentes formas de dominación de la burguesía en Europa occidental, entendida como un sistema de poder

que se define por el grado de consenso que obtiene de las sectores populares que están bajo su influencia (Anderson, 1987: 94). Dominación soportada en una serie de mecanismos de control que permiten asegurar dicho consenso, sin llegar a los mecanismos directos de coerción represiva, y que consiste en el direccionamiento ideológico de un entramado de instituciones culturales (la escuela, la Iglesia, los partidos políticos, los medios de comunicación, las asociaciones sociales, etc.), que operan sobre las diferentes formas de subjetividad de las masas explotadas, a su vez agenciadas por los intelectuales, generando una subordinación pasiva; subordinación que permite en última instancia el fortalecimiento de la dominación burguesa a través de la adhesión de sectores sociales secundarios aliados, conformando un bloque social bajo el control político de la elite burguesa dominante (Giacaglia, 2002:153). En esta perspectiva, la hegemonía concreta su dominación en la intervención poderosa sobre la vida cotidiana de los sujetos y en la colonización de todas y cada una de sus esferas de expresión espiritual. Esto significa que para Gramsci, la burguesía refuerza su poder material con formas muy diversas de sometimiento cultural e institucional, sin necesidad de recurrir a mecanismos de coerción represiva, dentro de un marco estratégico de dominación que permite la imposición de los intereses de los grupos sociales hegemónicos (Rodríguez y Seco, 2014). En esta medida, para Gramsci todo proyecto revolucionario debe cimentar una hegemonía alternativa a la dominante, que permita subvertir los valores establecidos en el plano social y cultural: construir toda una propuesta contrahegemónica que recoja los intereses de las clases y sectores sociales subyugados, y que aspire a llegar a ser dominante (Badaloni, 1976:103). Para Gramsci estaba claro que la preeminencia socioeconómica del orden burgués se debía al control ideológico de los sujetos y a la interiorización de los valores culturales burgueses, en una estrategia de promoción del imaginario cultural de la élite dominante entre los sectores populares. En este contexto, para Gramsci todo hombre es un intelectual que participa de una determinada concepción del mundo, y en este sentido contribuye consciente o inconscientemente a su forma y manera de vivirlo. En esta perspectiva, la lucha política debe trasladarse a los escenarios de los imaginarios sociales y culturales, donde los intelectuales comprometidos con la causa revolucionaria deben

impulsar la construcción de una nueva hegemonía que corresponda a los intereses de las clases sometidas. Hegemonía, entendida no como dominación, porque no encarna las formas típicas de coerción y de fuerza que utiliza el Estado, sino que implica necesariamente el predominio en el campo intelectual y moral, con raíces profundas en el espíritu de la base social y que se manifiesta en la construcción cotidiana del consentimiento. Por ello, para Gramsci es prioritario construir hegemonía antes de construir Estado (Piñón, 1989:273). Al respecto, García Canclini plantea lo siguiente:

La hegemonía es entendida –a diferencia de la dominación, que se ejerce sobre adversarios y mediante la violencia, como un proceso de dirección política e ideológica en el que una clase o sector logra una apropiación preferencial de las instancias de poder en alianza con otras clases, admitiendo espacios donde los grupos subalternos desarrollan prácticas independientes y no siempre “funcionales” para la reproducción del sistema. En la medida en que la hegemonía no es simple dominación, admite que las clases subalternas tengan sus propias instituciones (sindicatos, partidos) y redes de solidaridad (García Canclini, 1984:71).

Gramsci nunca construyó una definición clara y concreta de la categoría de hegemonía. Lo que hace el filósofo italiano es intentar caracterizar una serie de relaciones de poder en constante cambio, y con la posibilidad de transformarse según los contextos. Veamos una apreciación de Gramsci sobre el concepto de hegemonía:

Por ahora se pueden fijar dos grandes niveles superestructurales, el que podría llamarse de la “sociedad civil”, formado por el conjunto de los organismos llamados “privados”, y el de la “sociedad política o Estado”. Ambos niveles corresponden, por un lado, a la función de “hegemonía” que el grupo dominante ejerce en toda sociedad y, por el otro, a la de “dominación o autoridad directa” ejercida por el Estado y el gobierno “jurídico”. Estas funciones son sobre todo de organización y de conexión. Los intelectuales son los “delegados” del grupo dominante que ejercen las funciones

subalternas de hegemonía social y de gobierno político, que incluyen: 1. El consentimiento “espontaneo” que las grandes masas de la población dan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo fundamental dominante, consentimiento que “históricamente” nace del prestigio (y, por lo tanto, de la confianza) de que goza el grupo dominante gracias a su posición y a su función en el mundo de la producción; 2. El aparato coercitivo del Estado, que asegura “legalmente” la disciplina de los grupos que no “consienten” ni activa ni pasivamente, pero que está constituido para toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis de autoridad y de dirección cuando no se da el consentimiento espontaneo (Crehan, 2004:125).

En síntesis, y en correspondencia con la anterior perspectiva de análisis, la hegemonía como concepto aparece en esta apreciación como una iniciativa política de la sociedad civil o del grupo dominante sobre toda la sociedad, y no de dominación o autoridad por parte del Estado. De esta manera, Gramsci contrapone claramente en esta definición el concepto hegemonía al de dominación; y contrapone el sentido de consentimiento al de coerción y fuerza (Ibíd.: 126). Bajo esta óptica, la hegemonía para Gramsci sería el conjunto de alianzas estratégicamente concentradas alrededor de un grupo social, que busca direccionar moral e intelectualmente al conjunto de la sociedad. Este direccionamiento implica la construcción de un imaginario social y cultural donde se imponga la visión del mundo del grupo social dominante, su sistema valorativo de significados y creencias, es decir, su ideología. En esta perspectiva, se construye un orden social organizado por estos valores, que se instala de forma decisiva en el seno de la cultura, dándole forma y sentido a las diversas expresiones espirituales de la sociedad (Valiente, 2009:17). Esta instalación no es plana y simple, por el contrario: su esencia misma es el conflicto y el choque. Es compleja. Luego, la hegemonía se entiende en este enfoque como un sistema dinámico, abierto, de circulación simbólica, por el que fluyen subjetividades y en el que se fijan imaginarios entre los diferentes grupos sociales que dan forma al tejido cultural, y que el grupo social dominante intenta articular, pero que no logra concretarse

de una manera completa debido a las fisuras, resistencias y las formas y expresiones de oposición. Al respecto Roger Valiente plantea lo siguiente:

La hegemonía no es un sistema formal cerrado y organizado, por el contrario, es un proceso que expresa la conciencia y los valores organizados prácticamente por significados específicos y dominantes en un proceso social vivido de manera contradictoria, incompleta y hasta muchas veces difusa. La hegemonía incluye necesariamente una distribución específica de poder, jerarquía e influencia, como dirección política y cultural sobre los segmentos sociales influidos por ella, supone violencia y coerción, no solo es consenso. La hegemonía nunca se acepta de forma pasiva, está sujeta a la lucha, a la confrontación (Ibíd.: 24).

La clave del éxito hegemónico de un grupo social de poder está en la posibilidad y capacidad de involucrar bajo su proyecto a los demás sectores y grupos sociales. Solo así se garantizaría el triunfo de dicho proyecto. La incorporación del conjunto de la sociedad, por medio de estrategias subjetivas de agenciamiento cultural, permite en definitiva la cristalización del proyecto hegemónico, pero esta incorporación no es una empresa fácil. Ello implica necesariamente una serie de formas sutiles de sujeción y fuerza que le den a tal proceso un perfil de conflicto, de una forma de conflicto exquisito que se instale en los poros del imaginario social. Como lo señala Stuart Hall: “Las asociaciones voluntarias y las relaciones e instituciones de la sociedad civil –la escolarización, la familia, las iglesias y la vida religiosa, las organizaciones culturales, las así llamadas relaciones privadas, las identidades de género, sexuales y étnicas, etcétera– se vuelven, de hecho, para el arte de la política, las ‘trincheras’ y fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posición.” (Hall, 2005:242). En este orden de ideas, es necesario insistir que la hegemonía se expresa como una supremacía ideológica de compleja elaboración, que desborda la mera disposición de los aparatos represivos y coercitivos del Estado en una fina elaboración de poder que llega a todas las esferas de la sociedad, convirtiendo las creencias populares, la cultura del pueblo, en un escenario de lucha y confrontación. Gramsci, mediante la ampliación de la catego-

ría de hegemonía, construyó un concepto que nos permite visualizar otras lógicas de confrontación y resistencia dentro del contexto de las luchas sociales en occidente (Giacaglia, 2002:152). Simultáneamente, el poderoso énfasis cultural que adquiere el concepto de hegemonía en la obra de Gramsci, permite entender que la lucha política contra la dominación conoce múltiples escenarios de lucha. Dice el propio Gramsci:

Hay que perder la costumbre y dejar de concebir la cultura como saber enciclopédico en el cual el hombre no se contempla más que bajo la forma de un recipiente que hay que rellenar y apuntalar con datos empíricos, con hechos en bruto e inconexos que él tendrá luego que encasillarse en el cerebro como en las columnas de un diccionario para poder contestar, en cada ocasión, a los estímulos varios del mundo externo. Esa forma de cultura es especialmente dañina, especialmente para el proletariado (Gramsci, 2005:15).

3.2 Bloque histórico y folklore en Gramsci

Para Antonio Gramsci la filosofía está implícita en los actos prácticos de la vida cotidiana y no es una actividad de uso espiritual exclusiva de unos pocos intelectuales. La concepción del mundo que tiene cada uno de los individuos en el fondo es la que orienta y rige la conducta de los individuos y lo vincula a un grupo social cuyos miembros comparten ese mismo modo de pensar. Es decir: para Gramsci la filosofía está latente en todos los actos de los seres humanos, y en ese sentido explican su conducta y explican igualmente que en una sociedad no existe una sino varias filosofías complejamente interrelacionadas, que de alguna forma le dan sentido a la vida social. La filosofía, bajo esta mirada, es una concepción del mundo que se expresa políticamente y toma asiento en el sentido común de la gente. Por lo anterior, la filosofía, como modo de expresión de los pueblos, es una construcción histórica que le da forma a la cultura popular y no consiste en una actividad exclusiva de los filósofos profesionales. Es una construcción cultural que se desplaza por todo el tejido social, dándole sentido a las actividades de los seres humanos. Veamos lo que dice el filósofo italiano al respecto:

La filosofía de una época no es la filosofía de tal o cual filósofo, de tal o cual grupo de intelectuales, de tal o cual sector de las masas populares: es la combinación de todos estos elementos, que culmina en una determinada dirección y en la cual esa culminación se torna norma de acción colectiva, esto es, deviene “historia” concreta y completa (integral) (Gramsci, 1971:27).

En consecuencia, para Gramsci construir conceptos es un acto permanente que le da forma y razón de ser a su praxis política revolucionaria. El pensador italiano construyó toda una variedad de conceptos que enriquecieron notablemente el pensamiento marxista del siglo XX. Conceptos como sociedad civil y clases subalternas, hegemonía, bloque histórico, Estado, ideología, cultura, moral, educación e intelectual, son referentes importantes de la gran cartografía filosófica del siglo XX.

En conexión con el concepto de hegemonía, vamos a realizar una aproximación a las nociones de *bloque histórico* y de *folklore*, buscando entender de qué manera estas dos categorías nos permiten visualizar mejor el sentido y la aplicación que Gramsci le da a su concepción de hegemonía, y así interpretar mejor el fenómeno cultural en la sociedad capitalista contemporánea.

El bloque histórico para Gramsci está vinculado en primer lugar con la dominación política, como expresión de la fuerza política concreta; con un alto grado de unificación de diferentes fuerzas sociales que se han formado históricamente. Esta categoría involucra la historia y la política, dándole una significación innovadora al concepto de hegemonía, que permite hacer la conexión efectiva entre aquello que los marxistas denominan supraestructura con la estructura social. De esta forma se plantea dicha relación dialécticamente, vinculándola a la ideología (Boggs, 1978). En cuanto a este concepto, Carlos Betancourt plantea lo siguiente:

El concepto de bloque histórico implica una concepción teórico-práctica del materialismo histórico, a partir de la crítica de los entendimientos mecanicistas y deterministas del marxismo en cuanto las relaciones economía-política y cultura-política. En particular, Gramsci supera interpretaciones marxistas sobre el Estado

que ubican a este como epifenómeno o como instrumento neutral susceptible de usarse por cualquier clase social. En el contexto del bloque histórico, el Estado no solo es un aparato de dominación de una clase por otra, sino que refleja la síntesis coerción-consenso y la síntesis hegemonía-dominación que caracterizan el ejercicio del poder político (Betancourt, 1990).

En síntesis, el concepto de bloque histórico permite articular en el pensamiento gramsciano las relaciones entre la estructura socioeconómica y la superestructura jurídico-política, formando una unidad en construcción histórica. Este concepto permite entender de qué manera el Estado no es únicamente un aparato de dominación sino que en él toman forma y sentido la coerción y el consenso, la hegemonía y la dominación. Como pasa con casi todos los conceptos de Gramsci, el concepto de bloque histórico no está desarrollado de forma sistemática, sino que hace presencia en varios de sus escritos.

La unidad orgánica de la estructura y la superestructura es la que permite la consolidación del bloque histórico. Esta unidad orgánica solo es posible cuando se ha concretado la hegemonía de una clase sobre la sociedad. Cuando la clase dominante ha logrado plegar en torno suyo a un conjunto de fuerzas sociales diferentes para hacer realidad un proyecto social, es que podemos hablar de bloque histórico; por lo cual no es admisible concebir el bloque histórico como una simple alianza de clases. La constitución del bloque histórico es un asunto de mayor complejidad que involucra a los intelectuales como agentes activos de su consolidación, siendo estos en última instancia los que posibilitan la construcción de la unidad orgánica entre la estructura y la superestructura, y, en este sentido, su papel es fundamentalmente ideológico. La construcción del bloque histórico implica necesariamente la consolidación de un bloque intelectual orientado por los intelectuales orgánicos de la clase dirigente. Veamos lo plantea José María Laso al respecto:

En la constitución de esa unidad los intelectuales orgánicos de la clase dominante deben atraer a los intelectuales tradicionales hasta la formación de un *bloque ideológico* que, controlando la

sociedad civil, obtenga el consenso de las clases subalternas. Con ello la clase dominante, que sostiene firmemente las riendas de la economía a nivel estructural, consigue, gracias al bloque ideológico, asegurar su supremacía a nivel superestructural y, de ese modo, asentar su hegemonía sobre el conjunto del cuerpo social (Laso, 1979:78).

El bloque histórico es la unión de fuerzas diversas, contradictorias en el fondo, que gracias al papel de los intelectuales orgánicos en la construcción de la hegemonía, se mantienen fusionadas bajo una misma dirección de control ideológico y político. Los intelectuales operan como articuladores en el proceso de construcción del bloque histórico, como un “sistema totalitario de ideologías”, le dan sentido político al orden social, y de alguna manera permiten el establecimiento de un sistema de dominación (Thwaites, 2010: 125).

El otro concepto que está directamente conectado con el de hegemonía es el concepto de *folklore*. Gramsci entiende el folklore como cultura popular, en contraposición con las concepciones del mundo de los sectores dominantes o de los sectores cultos de la sociedad; es decir, de la concepción del mundo que tiene la cultura de élite. Lo más importante es que Gramsci vincula la cultura popular a la subalternidad, pero no lo hace de una manera simplista ni mecánica, sino que, por el contrario, plantea que esa forma de cultura obedece a una situación histórica concreta, con unas condiciones materiales particulares y con formas específicas de expresión espiritual y política, radicando allí su singular valor, a pesar de su condición de cultura inorgánica y fragmentaria (Barbero, 1987:85). En esta medida, Gramsci plantea que el folklore solo puede ser comprendido como efecto de las condiciones históricas y sociales de un pueblo, y por consiguiente no debe ser concebido como un mero objeto pintoresco o curioso, sino como la expresión más pura y elaborada de la cultura popular. El folklore, al mismo tiempo, es la forma más desorganizada y asistemática de la cultura, compuesta por una multiplicidad de valores, creencias y supersticiones muy heterogéneas. Es en el folklore donde se expresan las condiciones de vida espiritual de un pueblo, y donde se manifiestan las concepciones del mundo de los sectores subalternos

de la sociedad; concepciones por demás caóticas y fragmentarias. Hasta estos intrínquilos del imaginario popular llegan los dispositivos hegemónicos buscando domesticar y someter a su ideología las expresiones más puras de la cultura popular. De ahí el interés de Gramsci en estudiar el folklore, que no es más que su reconocimiento de la cultura popular como una fuente importante de resistencia política contra la hegemonía.

3.3 Los intelectuales y la ofensiva cultural

Gramsci consideraba que todos los hombres son intelectuales, ya que todos tienen facultades intelectuales y racionales; pero no todos los hombres cumplen funciones intelectuales en la sociedad. El trabajo del intelectual es específico y es un efecto de la división social del trabajo. Con relación al tema central que nos ocupa en este artículo, el papel de los intelectuales es importante tanto para la construcción de la hegemonía, como para la construcción de la contrahegemonía; y en esta dirección, Gramsci plantea la existencia de dos tipos de intelectuales: el intelectual tradicional y el intelectual orgánico. El intelectual tradicional es el literato, el filósofo, el artista. El intelectual orgánico es aquel que está al servicio de una causa política, *y así como las clases dominantes* cuentan con sus intelectuales orgánicos, que defienden y promueven sus intereses hegemónicos, los sectores subalternos deben formar a sus propios intelectuales orgánicos para resistir a los poderes hegemónicos y así construir su propia hegemonía. Luego, para Gramsci el intelectual orgánico es esencialmente un intelectual político.

El grado de organicidad de los intelectuales se mide con relación a la conexión que tiene con el grupo social al cual defiende. Su tarea fundamental es darle homogeneidad y consciencia de sí a la clase social que protege. Según Gramsci, en la modernidad los intelectuales no son simples escritores y creadores espirituales, sino orientadores y organizadores vinculados a un proyecto político específico y a una tarea práctica de construcción de sociedad:

Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta

y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no solo en el campo económico sino también en el social y en el político: el empresario capitalista crea junto a él al técnico industrial y al especialista en economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc., etc. Debe advertirse que el empresario representa un producto social superior, ya caracterizado por cierta capacidad dirigente y técnica (es decir: intelectual): debe poseer cierta capacidad técnica no solo dentro de la esfera circumscripita de su actividad y de su iniciativa propia, sino también en otras esferas, por lo menos en aquellas más directamente ligadas a la actividad económica (debe ser un organizador de masas de hombres; un organizador de la “confianza” de los inversores de la empresa, de los compradores de su mercancías, etc.) (Gramsci, 2014).

Según Gramsci, los intelectuales orgánicos revolucionarios deben luchar para cambiar el sentido común de un colectivo humano; para cambiar la forma de pensar y de hacer en la sociedad, transformando su cosmovisión, revolucionando su cultura. En esta perspectiva, el escenario por excelencia de lucha de un intelectual orgánico revolucionario es la cultura. Su papel no es meramente académico: es y debe ser ante todo político. Su objetivo central debe ser conquistar la sociedad civil para luego controlar el Estado. La sociedad moderna está instalada en una compleja red de relaciones culturales y el intelectual orgánico revolucionario debe estar presente en cada uno de estos escenarios donde hace presencia la ideología dominante, donde toma asiento la hegemonía. El objetivo es conquistar tales escenarios culturales: los medios de comunicación, el aparato escolar, las universidades, las organizaciones sociales, la Iglesia. En síntesis, la ofensiva política de los intelectuales orgánicos revolucionarios es esencialmente cultural. Su actividad fundamental debe estar orientada a destruir la cosmovisión, las creencias, los valores y la moral existente, es decir, hacer erosionar la cultura existente, edificando una nueva versión de la cultura. Para Gramsci el papel fundamental del intelectual es la organización de la cultura y debe construir en ese sentido un liderazgo educativo acorde con una estrategia política. Como dice García Canclini:

El mensaje central de Gramsci es que la organización de la cultura es “orgánica” para el poder dominante. Los intelectuales no pueden definirse como tales por el trabajo que hacen, sino por el papel que desempeñan en la sociedad; esta función es siempre, de modo más o menos consciente, la de “liderar” técnica y políticamente un grupo, bien el grupo dominante o bien otro grupo que tienda a asumir una posición dominante (García Canclini, 1984:5).

3. 4 Cultura, contracultura y sectores subalternos

Gramsci diseña una visión sobre la cultura totalmente diferente dentro del contexto del pensamiento marxista y en ruptura radical con la concepción clásica de cultura que la vinculaba únicamente con los saberes enciclopédicos (Gramsci, 2005:15). Para Gramsci es necesario construir una mirada sobre la cultura absolutamente nueva, emparentada con una visión que la ubique en el terreno concreto y real de las prácticas, representaciones, lenguajes y costumbres construidas históricamente por una sociedad. La cultura, entendida como un factor importantísimo del desarrollo social y como un factor que contribuye activamente a la formación de la vida popular, que el pensador italiano llamaba “lo nacional-popular” (Hall, 2005:256). Definitivamente, para Gramsci la cultura es un elemento clave, que hay que tener en cuenta en el proceso de lucha contra los poderes hegemónicos y en el proyecto constructivo de un nuevo orden social. De ahí la importancia que tiene la cultura popular para Gramsci:

Lo que es importante es que nace un nuevo modo de concebir el mundo y el hombre, y tal concepción no se halla ya reservada a los grandes intelectuales, a los filósofos de profesión, sino que tiende a hacerse popular, de masa, con carácter concretamente mundial, modificando (aun con el resultado de combinaciones híbridas) el pensamiento popular, la modificada cultura popular (Gramsci, 2001:110).

Gramsci rescata el valor de la cultura popular dentro del contexto de la construcción de una estrategia política revolucionaria. Es la

cultura popular o la cultura de la masa la que le da sentido a la cotidianidad popular y le da forma a la experiencia subalterna en el proceso de formación de una conciencia política (Barbero, 1987:87) y de construcción de una estrategia de lucha contrahegemónica. Para Gramsci la cultura popular es clave en el proceso de consolidación de una nueva hegemonía que transforme la relación de poder entre los diferentes grupos sociales, con miras a edificar un nuevo orden social, en la experiencia política de conformación de un nuevo bloque histórico. El triunfo en el campo cultural garantiza la destrucción de los cimientos ideológicos de la dominación. Al respecto dice Thwaites Rey: “Gramsci advierte que para “tomar” el aparato represivo y poder destruirlo es necesario desarticular el bastión ideológico que le da soporte y firmeza y que constituye la verdadera amalgama del sistema de dominación” (Thwaites, 2010:119).

Gramsci insiste en la necesidad de librar una honda lucha ideológica en el seno de la cultura popular para lograr construir la hegemonía revolucionaria. Esto implicaría una profunda reforma intelectual y moral de la sociedad, que transforme la esencia misma de la cultura y construya una nueva voluntad nacional-popular. En este contexto, el proletariado debe hacerse a la dirección del conjunto de las clases subalternas y construir una visión integral y común para proyectar su hegemonía al conjunto de la sociedad. En síntesis, la lucha contra hegemónica debe trasladarse necesariamente a los escenarios de la cultura en un proceso estratégico de construcción de Estado; y como dice Ángel Oliva, para Gramsci “convertirse en Estado es construir un bloque de relaciones que rebase los intereses inmediatos de cada sector en particular. Es esto lo que podríamos llamar *contrahegemonía* de las clases subalternas” (Oliva, 2010:14).

Según Gramsci, la lucha contra hegemónica en el plano cultural es uno de los ejes fundamentales de la lucha revolucionaria, que se traduce en lo que hoy conocemos como lucha contracultural. El término “contracultura” fue empleado por primera vez por Theodore Roszak, autor del libro *The Making of a Counter Culture* (La construcción de una contra cultura), en el año 1969 (Rodríguez y Seco, 2014:11). Al respecto dice Valiente:

La contracultura pertenece a esos movimientos sociales que hacen contrapeso y oposición a la hegemonía cultural dominante, que se manifiesta en el mundo de la vida, más allá de la capacidad estratégica que poseen los grupos de dominio de asimilar y traer hacia sí estos movimientos y expresiones culturales tornándolos en productos, en una expresión más de racionalización del mundo de la vida (Valiente, 2009:10).

La contracultura es una expresión de resistencia en el plano cultural que busca desestabilizar y confrontar el poder de la cultura hegemónica, caracterizada por la implementación de dispositivos de imposición cultural, que niega, invisibiliza y desconoce las expresiones culturales de los sectores sociales subalternos y su pluralidad cultural. La contracultura es una expresión de lucha que se manifiesta en los escenarios sociales, instalándose en el plano simbólico, donde colisiona con las concepciones, costumbres, valores, visiones y creencias de la cultura hegemónica. El reconocimiento es para Gramsci, que nos ha permitido comprender la cultura moderna con su concepto hegemonía, en términos de lucha y confrontación ideológica.

4. Conclusiones

Con el concepto de hegemonía, Gramsci hace un aporte importante a la teoría política moderna, en la medida en que supera la concepción estrecha de la política como actividad localizada únicamente en la sociedad política. La lógica de la hegemonía articula aspectos de la vida social de gran trascendencia política. La hegemonía implica un liderazgo moral, intelectual y político por parte de un grupo social que busca construir un consenso en torno a un proyecto social y político concreto. En este sentido, la hegemonía construye un discurso de poder que se instala en los intersticios de la vida social e impacta la visión y la concepción del mundo de la vida y de las cosas del conjunto de la sociedad: se instala en la esencia misma de la cultura. El discurso hegemónico articula en una sola dirección ese conjunto de visiones que poseen los diferentes grupos que conforman el espectro social, otorgándole sentido y legitimación

ideológica a la dominación. Por eso, para Gramsci la hegemonía es ante todo una práctica articuladora de poder.

Para Gramsci no existen grupos sociales sin una concepción del mundo, y en ese sentido toda empresa hegemónica es un ejercicio de confrontación en el plano ideológico y simbólico; es un ejercicio de confrontación en las aguas del poder, que implica necesariamente expresiones de resistencia y contrapoder.

Para Gramsci es claro que todo proyecto hegemónico producirá expresiones de resistencia, que harán de la materialización de dicho proyecto un ejercicio de fuerza e imposición, lo que quiere decir que la construcción del consenso no es un ejercicio plano y simple, sino complejo y con múltiples dinámicas de lucha y confrontación, tanto en el plano sociocultural como en el plano simbólico y del discurso. La construcción del consenso hegemónico plantea escenarios donde se fraguan las batallas más trascendentales de la lucha política, porque es allí donde se define el imaginario social que perfilará al proyecto social que se está debatiendo. Es una confrontación donde se concretará el triunfo o la derrota de un proyecto de sociedad.

Gramsci es ante todo un filósofo creador de conceptos, constructor de un edificio teórico que ha sido de gran impacto en las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XX y de referencia obligada en muchos de los temas que han sido centro de debate de la ciencia política, de la sociología y de la antropología contemporáneas. A pesar de las críticas que han catalogado la obra de Gramsci de fragmentaria, vaga y embrionaria, conceptos como *sociedad*, *sociedad civil*, *clases subalternas*, *hegemonía*, *bloque histórico*, *Estado*, *ideología*, *cultura*, *moral*, *educación* e *intelectual* han enriquecido notablemente el discurso de las ciencias sociales.

Gracias a la noción de hegemonía es posible pensar la política de una manera diferente, con nuevas dinámicas y nuevas expresiones de lucha. Es posible pensar cómo a través del entramado social se instalan rutas y circuitos de penetración filosófica con contenidos concretos, que buscan darle forma ideológica al cuerpo social; y de qué manera estas formas de penetración chocan con los contenidos locales de los diferentes grupos sociales, produciéndose colisiones y fricciones de resistencia.

Esto hace del proceso de construcción hegemónica un fenómeno de confrontación muy similar a la guerra.

La política después de Gramsci es concebida como articulación, articulación de carácter ideológico y cultural, que permite visualizar la complejidad infinita de la sociedad moderna con una multiplicidad y pluralidad de sujetos políticos e históricos. Los escenarios de confrontación se nos revelan igualmente como infinita multiplicidad y pluralidad, proyectos hegemónicos en proceso de consolidación y estrategias de defensa y resistencia en permanente crecimiento. Con Gramsci aprendimos a entender la cultura como una diversidad de formas de expresión y de contextos espirituales, donde circulan valores, cosmogonías, visiones, costumbres y concepciones variadas que luchan por no dejarse invisibilizar por los poderes hegemónicos. Expresiones de contracultura que se instalan y proyectan en el panorama social, negándose a desaparecer ante el paso aplastante de las culturas oficiales y de las políticas de imposición cultural.

5. Referencias

- Anderson, Perry. *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*. Editorial Fontamara. Barcelona. 1981.
- Anderson, Perry. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Siglo XXI. México. 1987.
- Badaloni, Nicola. *Gramsci y el problema de la revolución*. Anagrama. Barcelona. 1976
- Barbero, Jesús Martín. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Editorial Gustavo Gili. México. 1987.
- Betancourt, Carlos. "Gramsci y el concepto del bloque histórico". *Historia Crítica* 4 Julio-diciembre de 1990. pp. 113-125.
- Boggs, Carl. *El Marxismo de Gramsci*. Premia Editora. México. Premia Editora. 1978.
- Crehan, Kate. *Gramsci, Cultura y Antropología*. Ediciones Bellaterra. Barcelona. 2004
- Giacaglia, Mirta. "Hegemonía. Concepto clave para pensar la política". *Tópicos* 10. 2002. p. 151- 159.
- García Canclini, Néstor. "Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular". *Nueva Sociedad* 71. Marzo-Abril de 1984. pp. 69-78.
- Gramsci, Antonio. *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Siglo XXI. Buenos Aires. 2005.
- Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires. 1971.
- Gramsci, Antonio. "La formación de los intelectuales". Cuaderno 12 (XXIX) 1932. P. 4. www.gramsci.org.ar. Bajado el 19 de junio de 2014 a las 07:58.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos desde la cárcel: el materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Ediciones Casa Juan Pablos. México. 2001.
- Hall, Stuart. "La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad". *Revista Colombiana de Antropología* Vol. 41. Enero-Diciembre de 2005. pp. 219- 257.
- Laso Prieto, José María. "Vigencia del pensamiento de Gramsci." *Revista El basilisco* 6. Enero-abril 1979. pp. 73-83.
- Monasta, Attilio. "Antonio Gramsci: 1891- 1937". *Revista Perspectivas UNESCO* Vol. XXIII. N° 3-4. 1993. pp. 633-649.

- Nasif, Samir. "Retomando el materialismo histórico: Antonio Gramsci y el marxismo inglés." *Revista de Clases Historia*. Revista Digital de Historia y Ciencias Sociales. Artículo N° 403. 2013. pp. 1-12.
- Oliva, Ángel. "Gramsci y el método historiográfico". *Laberinto* 31. 2010. pp. 9-15.
- Portantiero, Juan Carlos. *Los usos de Gramsci*. Ed. Folios. México. 1981.
- Piñón, Francisco. *Gramsci: Prolegómenos. Filosofía y Política*. México: Plaza y Valdés, 1989.
- Rodríguez, Rafael y Seco, José María. "Hegemonía y Democracia en el siglo XXI: ¿Por qué Gramsci?". Documento de Internet: www.uv.es/cefd/15/rodriguez.pdf. Bajado de la red el 10 de junio de 2014 a las 8:50 a.m.
- Raymond Williams, Raymond. *Marxismo y Literatura*. Editorial Península/Biblos. Buenos Aires. 1977.
- Santofimio Ortiz, Rodrigo. "Antonio Gramsci y la sociología". Ponencia X Congreso Nacional de Sociología. Cali. Noviembre de 2011. pp. 3-15.
- Thwaites Rey, Mabel. *Estado y marxismo: un siglo y medio de debates*. Capítulo IV: "La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo". Editorial Prometeo. Buenos Aires. 2010.
- Valiente, Roger. *Análisis de tres conceptos: hegemonía, contra hegemonía, contracultura desde Antonio Gramsci*. Tesis de grado. Facultad de Ciencias Humanas. Programa de Filosofía. Universidad de Cartagena. 2009.

